

cada poema componente de la trilogía sea una unidad en sí, permite que se lo estudie como un mundo perfecto que se explica por sí mismo y, a la vez, como parte que desarrolla y enriquece el conjunto total. Esta idea es válida para toda la poesía de Salinas, que no es sino la expresión artística de un tema único: la aventura hacia la esencia o el alma del mundo, hacia lo que está detrás de todo y que sólo es posible alcanzarlo siguiendo el camino del poema». Partiendo de premisas ya establecidas en el primer capítulo del libro, se nos dice que si «dos de las funciones capitales de la metáfora eran servir de medio para: 1) estructurar el poema, y 2) expresar justa, exacta y efectivamente una abstracción o intuición poética», Cabrera nos lleva a la consideración de que «los dos aspectos son evidenciados con cualquier poema de Salinas, y en el presente estudio, con cualquiera de los de la trilogía amorosa». Es así cómo tras sucesivas muestras de la poesía de Salinas se nos van mostrando los diferentes contenidos que la metáfora llega a poseer en sus versos y cómo a través de su ordenado empleo podremos comprender que «la metáfora es el ser de su creador hecho palabra». Con las diferenciaciones propias de la diversidad de valores contenidos en las obras de Alexandre y de Guillén, se nos lleva a una comprensión total de cómo uno y otro han sabido utilizar la metáfora como base efectiva para la creación, o recreación, de una poesía vigorosa y en permanente evolución hacia terrenos de una más cuidada elaboración, de una más selecta originalidad. Es de aquí de donde podríamos desprender, de no haberlo conocido ya, que cualquier nuevo poema de los referidos autores encierra características o cualidades sorprendentes que nos hacen situar a su obra en lugares de excepción. Y es así cómo vamos comprendiendo los distintos universos de los autores estudiados por Cabrera; universos que, en conjunto, no hacen más que definir toda la obra del propio poeta. Si para Salinas la tranquila voz y el espacio abierto son las motivaciones para «hablar» a cuanto le rodea o entornece, para Alexandre es una especie de tormenta y emociones incontenibles lo que se afinca en su ser, buscador de nuevas experiencias o nuevos motivos para hablar a los demás, a sí mismo. Frente a *¡Sí, todo con exceso: / la luz, la vida, el mar! / Plural todo plural, / luces, vidas y mares*, versos diáfanos, abiertos, de Salinas, donde la metáfora está en la misma grandeza de cuanto describen o muestran, hallamos las palabras casi crudas, casi crueles, de Alexandre: *¿Por qué protestas, hijo de la luz, / humano que, transitorio en la tierra, / redimes por un instante tu materia sin vida?* Nótese que incluso llegando en algún momento la luz a formar parte de las imágenes duales que nos muestran ambos poetas, su configuración,

su metaforización, es de amplias resonancias opuestas; de ahí nuestros anteriores comentarios que, al unísono, hemos de enfrentarlos ahora a la opinión que nos merecen los versos de Guillén. Es el de éste un universo límpido, aunque no ausente; un universo donde todo parece jubiloso y donde las permanencias se encuentran repletas de una rara especie de bondad y de claridad que le configura como algo casi etéreo, como aquellos primeros versos de «Las doce en el reloj», que dicen *Dije: Todo ya pleno. / Un álamo vibró. / Las hojas plateadas. / Sonaron con amor.* Si tenemos tres poetas de tan dispar posibilidad de expresión, si bien los mundos de Salinas y de Guillén se vean un tanto cercanos, un tanto emparentados por esa esperanzadora unidad de creer en lo natural por encima de todas las demás cosas, parece, en principio, poco acorde el incluirse a los tres en un mismo estudio. La explicación primera es que sólo a través de un conocimiento profundo de tres poetas tan diversos se nos hace claro que el empleo de la metáfora en la poesía persigue únicamente la búsqueda de la belleza más allá de las temáticas que el autor se intente proponer. En esta «Visión de conjunto» se ocupa Vicente Cabrera en el último capítulo del libro, llegando a las diferenciaciones y a los matices necesarios para un mejor conocimiento de Pedro Salinas, de Vicente Aleixandre y de Jorge Guillén.—MANUEL QUIROGA CLERIGO (*Real*, 6. ALPEDRETE. Madrid).

VICENTE ALEIXANDRE: *Antología poética*. Estudio previo, selección y notas de Leopoldo de Luis. Alianza Editorial. Madrid, 1977.

La venerable figura de Vicente Aleixandre se agiganta con el paso del tiempo. Año tras año la bibliografía sobre el gran poeta se hace más fecunda y copiosa. Bueno es que Alianza Editorial haya tenido la idea de lanzar en su colección de bolsillo una antología que, con seguridad, contribuirá en no pequeña medida a divulgar la poesía de uno de nuestros grandes creadores en círculos más amplios y mayoritarios. Y aunque el gran poeta afirma que escribe para los que no lo leen, esperemos que también escriba para los que sí le leen y que éstos sean cada vez más.

La *Antología* que comentamos tiene en principio los defectos y las ventajas de toda recopilación de esta clase. Por un parte, sirve para darnos una idea general de la inmensa labor de Aleixandre, para observar sus diversos pasos, su evolución desde los primeros poemas, casi en la adolescencia, hasta la última hornada sabia y experimentalmente cocida de su ancianidad gloriosa; por otra parte,

se pierde la unidad de cada uno de los libros, la situación de un poema, no sólo con respecto a sí mismo, sino con los demás, y esta fragmentación puede dar lugar a no llegar a comprender una determinada postura vital asumida poéticamente en una época y en unos momentos determinados.

Pero sentadas estas premisas y estas deficiencias propias de cualquier antología, apresurémonos a decir que ésta, realizada por Leopoldo de Luis, es una de las mejores, más sensatamente construidas —¡y con más amor!— y que revela un más grande conocimiento de la figura y de la obra del autor. Leopoldo de Luis traza, como principio, en su estudio preliminar un retrato del escritor, retrato condensado pero veraz, y señala en forma breve y concisa, pero nunca superficial, los rasgos peculiares, insoslayablemente personales del gran creador. Para Leopoldo de Luis, Aleixandre no cambia de ideas, sino que proyecta su visión poética desde ángulos distintos, por lo cual no debe ser considerado como un poeta proteico, con personalidades diversas o anuladoras. Por el contrario, la creación aleixandrina da una sensación de visión solidaria, de una concepción totalizadora del mundo. No se pueden separar las distintas épocas porque todas ellas son parte esencial de su universo, en el que los astros, la naturaleza, las fuerzas telúricas, la elementalidad de los seres vivos y, por supuesto, el hombre se hacen visibles a través del prisma del poeta.

El crítico hace especial énfasis en la síntesis a la que llega Aleixandre en *Poemas de la consumación*. Con *Pasión de la tierra* habría mostrado su faceta rebelde; con *La destrucción o el amor*, el sentido del amor trágico; con *Sombra del paraíso*, sus rasgos elegíacos, y con *Historia del corazón*, su índole de poeta existencial. Todas estas formas, acciones y contemplaciones poéticas se manifiestan con toda la autoridad de su madurez creadora en la simbiosis que representa *Poemas de la consumación*.

También dedica Leopoldo de Luis algunos párrafos —lógicamente no del todo completos— al lenguaje poético de Aleixandre y sus aportaciones a la poesía española contemporánea: la hipérbole que alcanza dimensiones cósmicas, el símbolo, las trasposiciones de tiempos verbales dentro de la misma oración, renovados giros sintácticos, perífrasis..., remitiéndonos al ya clásico estudio de Carlos Bousoño (*La poesía de Vicente Aleixandre*) para un conocimiento profundo del tema.

Analiza luego el crítico todos los libros de Aleixandre, con forzosa brevedad, pero con amplia mirada clasificadora, con la que casi siempre coincidimos. El que el lector pueda discutir algunos de los

puntos de vista defendidos por el autor del estudio no es sino una experiencia enriquecedora y que muestra, una vez más, la absoluta imposibilidad de lograr un estudio objetivo sobre algo tan inaprehensible como la poesía. Desde *Ambito* (1928) a *Diálogos del conocimiento* (1974), los poemas seleccionados por Leopoldo de Luis van exponiendo ante nuestros ojos la inmensa capacidad de renovación de Aleixandre, sus connotaciones y ligaduras leves o intensas con el surrealismo, el clasicismo, el realismo testimonial, el existencialismo...

Digamos que los poemas seleccionados, con tanto rigor como conocimiento de causa, son perfectamente representativos de cada uno de los libros de Aleixandre. Es cierto que a veces —¿cómo evitarlo?— hubiésemos preferido la inclusión de tal o cual poema en lugar de este o ese otro, pero creemos que prácticamente todos los grandes logros poéticos del autor se hallan presentes en esta magnífica *Antología*. Reseñemos, por último, que el libro se acompaña de unos interesantes apéndices que completan el interés de esta publicación. Se trata de las «Referencias bibliográficas de los volúmenes a los cuales pertenecen los poemas», una «Bibliografía sobre Vicente Aleixandre» (en modo alguno exhaustiva) y, finalmente, una «Cronología» que refiere los sucesos más importantes en la vida y la obra del escritor. Libro, pues, útil y adecuado para todos aquellos que todavía no se han acercado al deslumbrador universo poético de Vicente Aleixandre.—J. C. RUIZ SILVA (*Joaquín Costa*, número 51, 4.º MADRID-6).

ANTONIO COLINAS: *Conocer Aleixandre y su obra*. Ediciones Dope-sa 2. Barcelona.

He aquí una biografía que es producto del entusiasmo fervoroso antes que del exhaustivo conocimiento de los pormenores relacionados con el ser y el quehacer del personaje que se aborda.

Antonio Colinas, poeta, cultor del ensayo y uno de los *aleixandristas* más consecuentes del medio español, parece haber puesto final a este texto de oportunidad, cuando aún resonaban los contagiosos vítores y las multitudinarias enhorabuenas por el Premio Nobel seguían haciéndose oír nítidamente.

El volumen prefigura, en resumen, un emotivo itinerario que comienza con el nacimiento del poeta laureado, en 1898, en su tierra sevillana. Y a partir de allí se proyecta sobre el tiempo, jalonando

sucesos, y llega así hasta los días actuales del poeta. Pero el esquema signador de esta trayectoria no es lineal, sino que a veces debe ensancharse en mayor o menor grado, por imperio de las exigencias circunstanciales, que hacen a los acontecimientos más notorios —tristes o alegres—, o aquellos otros que, a raíz del peso emocional de los años, van singularizando de veras la vida del personaje tratado. Es así cómo, a través de estas secuencias sucesivas, vamos accediendo a las necesarias estaciones, en donde se presentan los hechos más trascendentales, los acontecimientos —buenos, regulares o malos—, los amigos, con quienes Aleixandre convivió en los momentos más preponderantes de su prolífica y bien ponderada existencia.

«Hay en cada una de sus obras una atracción sonámbula hacia la materia y hacia las cosas hermosas y lejanas, pero también el corazón del hombre es centro desconsolado y ardiente del existir, sabedor profundo de vacíos y desconsuelos, de prolongados ecos amorosos del amor, que primero turba y que luego destruye y consume a los amantes», afirma el autor.

Pero pese a la entrañable consustanciación entre biografiador y biografiado, Colinas no se propone una obra para analizar, sino para enunciar e iluminar.

Y como bien lo remarca con modestia encomiable, quienes se propongan calar más hondo, en otras facetas creadoras del alexandrista, tendrán que apelar a los trabajos de probada idoneidad ya existentes, como los escritos por Carlos Bousoño, José Luis Cano o Leopoldo de Luis. Y esto significa una auténtica actitud de honradez intelectual.

Desde otro punto de vista ya más exigente, comprobamos que en este manual de conocimiento existe cierta confusión con respecto a los datos referidos al camino de los compañeros de aventura y literatura o, mejor dicho, a ciertos integrantes de la generación del 27, que tanto dio y dará que hablar a críticos e historiadores. Pero, fuera de ello, notamos también algunos rasgos de morosidad, en lo que concierne a la ordenación y disposición cronológica bibliográfica del autor de *Sombra del paraíso*. Para ser más categórico, digamos que en la nómina de obras que Colinas consigna faltan dos títulos pertenecientes a otras tantas antologías y el que corresponde a un poemario publicado en Barcelona en 1965.

Esperemos, pues, que en una segunda edición, si la hay, el autor rectifique tales falencias para que el conocimiento de Vicente Aleixandre resulte entonces lo más auténtico posible.—*ARIEL FERRARO* (*Álfonso XIII, 19, 1.º B. MADRID-18.*)